

Mesa Redonda "Sexualidad y perversión en la adolescencia"

Revista Controversias Y Departamento de Niñez y Adolescencia

12 de noviembre de 2008

Mario Waserman

El vértice psicoanalítico y la conducta sexual

Este escrito es una puesta en discusión de temas vinculados a la sexualidad en la adolescencia. Puesta en discusión significa que su propósito es hacer girar el tema alrededor de la mesa que ahora abarcará también a los lectores de controversias. Mas que establecer hipótesis claras y definidas sobre la clínica y la teoría de la perversión en la adolescencia es una apertura a la lectura de esas conductas en ese momento evolutivo.

Una de las preguntas formuladas por Controversias habla de cómo dar cuenta de una sexualidad que está planteada en los bordes de la legalidad y por lo tanto transita entre lo legal y lo ilegal. Por ello, dada esa ubicación de esta problemática se pueden producir contaminaciones entre el vértice jurídico y el psicoanalítico.

El analista forma parte de una sociedad que tiene su legalidad y tiene su concepción de la legalidad de la sexualidad. Como parte de esa sociedad su visión del paciente puede participar de esa mirada sin el filtro adecuado que le permita ver los fenómenos psicoanalíticos que tienen lugar en el paciente. Se ve arrastrado por la mirada social, se inunda del escándalo ético y psicopatologiza la conducta del paciente sin suficiente discriminación y valida así científicamente la condena social.

Un ejemplo extremo de esa condena fue la homosexualidad. Hasta finales de este siglo se consideraba jurídicamente a la homosexualidad como un delito punible y esto de alguna manera contaminaba una visión psicoanalítica del paciente homosexual. Sólo por ser homosexual era ya enfermo, específicamente "perverso". La recepción del paciente se hacía desde el punto de vista de que él

estaba -de alguna manera- ligado a un mundo ilegal en el sentido de que no respondía a lo que se podría llamar la legalidad de la sexualidad. Legalidad, Edipo y salud mental se adherían uno a otro. El vértice jurídico y el psicoanalítico eran lo mismo. Siendo un delito el homosexual se veía obligado a la clandestinidad y de algún modo participaba de un orden que la sociedad y el mismo consideraban perverso. El psicoanálisis mismo sostiene, y eso debe revisarse, que todo lo que sea Edipo no resuelto es enfermo. Sabido es, que ningún Edipo se resuelve del todo bien por lo cual cierta condición misma de la sexualidad está en línea con la patología de la sexualidad.

Algunas conductas sexuales como la pedofilia o el abuso caen claramente fuera de la ley y el analista se ve obligado a hacer un gran esfuerzo por ver la trama psicoanalítica, o inconciente, que conduce a esa elección de objeto más allá de la visión social de una conducta degenerada, visión de la que participa el mismo paciente. El abuso de niños menores es una conducta perversa que puede ser frecuente en la adolescencia. Gutton lo explica como el movimiento de poner en el niño pequeño a su propio self que ha sido seducido por el mismo proceso puberal del mismo modo que en su infancia fue seducido por la sexualidad adulta. Esa visión psicoanalítica es un ejemplo de cómo puede un psicoanalista vincular perversión y adolescencia sin caer rápidamente en un vértice ético. La otra conducta perversa muy frecuente en la adolescencia es la búsqueda de una adulto pedófilo, conducta que Guillaumin denominó traumatofilia. Esta es la conducta que caracterizó al personaje de Lolita de Nabokov, en la cual se trata de reencontrar el flujo libidinal que venía de los padres en la infancia y que se pierde al entrar la adolescencia.

Volviendo a esta presión que lo social ejerce sobre la mirada psicoanalítica vemos que lo mismo que pasaba antes con la homosexualidad pasa ahora con la conducta adictiva. Se liga fuertemente el consumo a la perversión y la perversión a la conducta delictiva. Por ello se discute ardorosamente si el consumo debe o no ser penalizado.

Si es penalizado quiere decir que es un delito, entonces también esto puede contaminar el vértice psicoanalítico en el sentido de que se puede tender a ver que el paciente tiende a ubicarse con sus síntomas en una zona delictiva, es decir antisocial y por lo tanto psicopática. No se tiene en cuenta ahí la fuerza que

tiene la organización social para la cual la droga es un valor que atenta contra el comportamiento social correcto.

Esta puesta afuera de la legalidad respecto de determinadas conductas, hace que se constituya un mundo delictivo a su alrededor. Por ej. en el caso de la homosexualidad había que entrar en un submundo que circulaba por los baños de la ciudad, por lugares al mismo tiempo públicos y muy secretos. Las cosas han cambiado. Hoy en el mundo se discute si el matrimonio entre homosexuales debe ser legal o no. Se permite algo llamado unión civil, pero no se sabe si la institución matrimonio sería pervertida por el matrimonio homosexual. Existe ahora el peligro de que el analista acepte como perfectamente sana cualquier conducta sexual del paciente porque es el pensamiento políticamente correcto y no ponga bajo el vértice psicoanalítico su función en la organización mental de ese paciente en particular.

En el caso de la adicción es aún más claro. Está el consumo pero también está el consumidor que lentamente se va metiendo en una red de compra del producto y luego de venta del producto que arma su inclusión final en un mundo delictivo, a pesar de que el orden de la conducta que se está desarrollando no tiene que ver con la conducta antisocial en sí misma, que sería una categoría diferente.

Paradójicamente, el punto de vista jurídico sobre la perversión o sobre otros fenómenos puede ser muy perverso. El ejemplo máximo de este tipo de construcción es esa "creación" nazi que se llamó el arte degenerado, que asimilaba la categoría de lo perverso a la categoría de lo judío y de lo abstracto. El psicoanálisis era asimismo considerado por el nazismo como una perversión y él mismo Freud fue acusado de promover un libertinaje perverso. El nazismo mostraba el arte moderno como una degeneración del arte. Para el orden social siempre se trata de que la juventud, los adolescentes, no se perviertan. En los tiempos del terrorismo de estado de la dictadura militar, un muchacho que era homosexual o tenía una ideología de izquierda o tenía el pelo largo, estaba muy rápidamente identificado o calificado en relación a una degeneración, a una perversión moral y sexual. El insulto preferido era "puto".

Actualmente aparecen una serie de conductas en los adolescentes donde la crueldad tiene un centro muy grande; allí la perversión está muy ligada no tanto

a la construcción de una problemática respecto a la sexualidad, sino a la aparición de rasgos sádicos y de humillación y tortura que caracterizan una forma de vínculo perverso con el otro. El placer sado masoquista y el valor utilitario del robo se unen. Es tan importante adueñarse como hacer sufrir y gozar de ello. Es un acting perverso en una estructura que podría no serlo. Cuando se analiza casos de esta naturaleza lo que se descubre es una ligazón muy profunda entre la aparición de la conducta perversa y un dolor psíquico intolerable. Meltzer, en su trabajo sobre el terror y el terrorismo, plantea que estas conductas tienden a evacuar el sufrimiento y el terror en el otro. La posición espontánea del vértice ético de repudio a la conducta sádica del perverso, de la falta de consideración del deseo del otro, puede actuar como una barrera que nos impida, a través del vértice psicoanalítico el dolor que en esa escena se está desarrollando. Con frecuencia el mismo sadismo es en adolescente descargado sobre el propio cuerpo como receptáculo del dolor psíquico.

Hay muchas entradas al tema de la perversión, al tema del sadomasoquismo, al tema de la crueldad, al tema de la tortura, pero es importante no dejar de lado que la persona que es víctima de una experiencia de terror o está sometida a un perverso o es objeto de un abuso, experimenta el sufrimiento y el terror que -quizás- el mismo productor de esa situación padece y no percibe porque ya está proyectado en el otro. En la pareja perversa cada cual actúa una parte de la escena. En los casos de forzamiento el partenaire es obligado a formar parte de una escena que desconoce y de la cual no goza. Es literalmente forzado a ser objeto del goce del otro, del mismo modo en el cual se ubica el sujeto como objeto de goce en esa escena.

Los problemas de las relaciones tan cercanas que tiene el tema de la perversión con la legalidad y lo jurídico remiten a lo que clásicamente se ha considerado esencial a la estructura perversa que como una cierta posición ante la ley, una posición de cierto desafío, de cierto cuestionamiento del orden y de la ley. En ese sentido quiero examinar la batalla crucial del adolescente que por un lado debe trasgredir la ley y por el otro aceptarla. Debe dejar actuar la pulsión edípica y moverla de sus objetos primarios, lo cual constituye un movimiento antiedípico.

Para dar cuenta de los conflictos psíquicos que se dan en lo que yo llamo el territorio de la inmadurez -que es la adolescencia- pongo en contacto , lo edípico y lo antiedípico. Quiero decir de modo general que el adolescente tiene que resolver dos temas fundamentales en su pasaje por la adolescencia: la ubicación de su sexualidad en el marco de la sexualidad del conjunto social -qué lugar va a ocupar- y su ubicación en la cadena de producción, es decir su ubicación en el mundo del trabajo; qué lugar va a ocupar en el orden sexual y qué lugar va a ocupar en el orden del trabajo. En el mundo del trabajo debe aceptar la ley para ingresar, pero debe al mismo tiempo cuestionarla para crear un lugar nuevo que de cabida a su singularidad. Desde el punto de vista de la sexualidad se produce ese mismo conflicto que más claramente se desarrolla entre lo edípico y lo antiedípico; ahora voy a tratar de definir a qué me refiero con estos conceptos.

Las experiencias adolescentes a las que nos vamos a referir son experiencias que no han alcanzado un grado de subjetivación, es decir, que son sentidas pero no pensadas y se pueden dividir operativamente en edípicas y antiedípicas y sufren un proceso de constante elaboración y reelaboración hasta que un adolescente sale de esa turbulencia evolutiva. Esa turbulencia evolutiva ha sido denominada "Lo puberal" por Philippe Gutton para nombrar el núcleo del psiquismo que se instala en la pubertad y que es un compuesto nuevo que contiene los impulsos más primitivos del desarrollo sexual, más los impulsos genitales que se añaden en la pubertad.

La pubertad y la instalación de lo puberal es un proceso que, sea cualquiera la cultura que se tome en cuenta, se producirá inevitablemente. Hay entonces un universal de lo puberal, una singularidad cultural y un nivel aún más singular propio de cada sujeto.

La pubertad es un fenómeno que consideramos unido al cuerpo. Lo edípico, en cambio, es un proceso que liga fuertemente el cuerpo a la cultura y que tiende a colocar su desenlace del lado de la cultura. En rigor lo edípico es considerado la bisagra que sirve de pasaje del orden de la naturaleza al orden de la cultura. La cultura organiza e instala el Edipo y el Edipo organiza e instala la cultura.

Ahora bien, lo antiedípico es una reacción a las consecuencias de lo edípico. En la literatura que podríamos llamar filosófica-psicoanalítica, dos autores -Deleuze y Guattari- han lanzado una cruzada contra las consecuencias

negativas que ha tenido la entronización del Edipo en la teoría psicoanalítica -esto tiene mucho que ver con el tema de la perversión- y en esa dirección han escrito un libro llamado El Anti Edipo para suprimir el lugar de centro que ocupa el Edipo, tanto en la teoría como en la estructuración del deseo. Este lugar de centro ha visto la salida perversa de la sexualidad como una desviación del camino recto.

Yo estoy trabajando ese término, anti edípico para darle una ambigüedad productiva. Las fuerzas edípicas y antiedípicas son importantes en la adolescencia, el desarrollo adolescente da una prueba de ello al ir -por un lado- hacia el Edipo y -por otro lado- contra las fijaciones edípicas para lanzarse a lo exogámico. Es decir, tienen un movimiento de fuerte impulso hacia lo endogámico, hacia el objeto incestuoso y también un fuerte anti impulso.

El adolescente -sin que él sepa que esto le está pasando- cuánto más cae en la fuerza de atracción de la representación edípica, más siente que se acerca al peligro de lo perverso, siendo la relación incestuosa el centro de su horror a lo perverso. Pero se puede entender también el anti Edipo en una dirección distinta del impulso a huir de la relación incestuosa.

Entonces adaptando y transformando la idea de Deleuze y Guattari con la coherencia que tiene este anti, podemos pensar el anti Edipo no sólo como estar en contra del concepto teórico dominante que somete todo desarrollo en la teoría psicoanalítica a lo edípico, sino que me parece el nombre más apropiado para nombrarlo como la fuerza que impide establecer los lazos edípicos o que impulsa a alejarse de ellos; acá el uso del término antiedípico es muy importante y da cuenta de una cierta problemática y psicopatología de la adolescencia, que es la fuerza con que se trata de evitar establecer el lazo edípico. Es también la fuerza antiedípica la que impulsa a terminar con el sometimiento al padre y se opone a la fuerza que lleva a seguir su ley.

Este anti Edipo, cuando se dirige a la fuente de la pulsión, puede abortar - y esto lo ha hecho notar Gutton- todo el desarrollo del proceso puberal, puede ser tan fuerte que el proceso puberal en su totalidad no tenga lugar. Green ha descrito una patología, que se llama del sexo neutro, que tiene que ver con esta problemática. El mismo Antiedipo cuando se dirige al objeto de la pulsión hace despegar al adolescente hacia su desarrollo como sujeto.

Entonces hay un momento en el cual el anti Edipo si se dirige a la pulsión es mortífero, y ese momento es el comienzo de la pubertad; luego el anti Edipo es necesario para posibilitar la maduración, el desarrollo y la apertura hacia el mundo exogámico no edípico. Voy a llegar a la conceptualización de la perversión como una suerte de compromiso entre estas dos fuerzas, pero antes -para aclarar el término- permítanme que me extienda un poco.

Necesito hacer un pequeño recorrido, que es el siguiente: lo edípico como significante presenta una ambigüedad semántica que nos interesa mantener, porque ilumina -de ese modo- elementos paradójales de los fenómenos centrales de la adolescencia. Por un lado edípico significa y alude a las pulsiones sexuales que el niño dirige inicialmente hacia las figuras adultas, con cuyos cuerpos entra en una relación de intimidad absoluta; y estas pulsiones operan desde el comienzo de la vida. Cuando alguien dice "tengo un Edipo" en ese sentido, con esa ambigüedad, quiere decir: "tengo una fijación pulsional relacionada con el objeto materno o paterno".

Tomamos este modelo porque ya en el bebé hay fenómenos que se podrían llamar anti Edipo en una de las acepciones de la palabra; en esta acepción enfatizamos un fuerte rechazo de la pulsión hacia el objeto, que hay algo que impide la vinculación erótica con la madre. Sin duda estamos forzando el término edípico porque no habría de entrada una triangulación, pero es sobre ese objeto - la madre- sobre el que luego se construirán las bases del edificio edípico.

Y esta es una hipótesis arriesgada pero interesante: el autismo sería la expresión máxima del anti Edipo, pues toda la relación se establece como anti relación. También el anti Edipo se manifiesta como inhibiciones fuertes de las pulsiones orales, lo que provocaría algunas anorexias tempranas del bebé. El anti Edipo también puede provenir de la madre, no sólo del impulso del bebé hacia la madre sino de los impulsos edípicos, del amor sexual -del que habló Freud- que tendría que dirigirse de la madre hacia el hijo; puede ser muy fuerte el corte de eso, lo que muchas veces provocaría dificultades en el amamantamiento porque la madre estaría atacando sus propias pulsiones sexuales que acompañan.

Más adelante, en la etapa que Freud llama genital temprana, el niño varón postula claramente querer casarse con la madre, tener hijos con ella y muestra

su rivalidad y el deseo de excluir al padre de esta relación. Este es el momento en que se configura la triangularidad edípica en su forma completa.

El anti Edipo, en una de sus acepciones, impediría la aparición franca de esta formación. Ahora bien, esto no aparece siempre, en el análisis de niños este primer momento edípico puede no aparecer. El niño se reprime en exceso, él y su entorno han tomado esas pulsiones con excesiva severidad, no como un juego, probablemente en consonancia con la represión y paranoia de los padres. Ese es el momento de los juegos sexuales infantiles entre pares, donde se ponen en juego todas esas fantasías sexuales si el anti Edipo no es interpuesto. Los juegos sexuales infantiles son un jugar al Edipo y esto es tan importante como el primer salir del Edipo, porque todas las pulsiones se despliegan en un eje de pares generacionales.

La organización perversa estaría ubicada -dándole un nuevo tenor- como un compromiso entre seguir y salir; seguir en el Edipo y salir de él. Está ahí, en una bisagra entre las dos cosas.

Pasemos a la pubertad. Lo característico de lo puberal es esa tendencia a reproducir lo edípico, en el sentido que las primeras figuras dotadas de fuerza erótica se conforman en semejanza a las representaciones ya existentes, son las más a mano tanto en la mente como en el espacio. Eso es un clásico que se aúna a la observación de Freud que para organizarse en la adolescencia hay que pasar, de alguna manera, por el Edipo con la madre o con la hermana. A estas pulsiones, dirigidas a esos objetos incestuosos se las denomina lo puberal.

Tenemos -entonces- una primera acepción de lo edípico en cuanto representa las pulsiones edípicas. Lo edípico en la pubertad sería lo puberal, y lo antiedípico, lo antipuberal que se dirige contra las pulsiones impidiendo la emergencia del desarrollo de la sexualidad. En el libro de Gutton hay muchos ejemplos dirigidos a ver ese tipo de fenómenos antiedípicos, que producen lo que él llama y denomina psicosis puberal, la cual hay que diferenciar de locura puberal que sería justamente la realización perversa, consentida, del Edipo con la figura materna o paterna. Gutton toma el término psicosis para demostrar este juego de lo antiedípico y locura para la realización del Edipo. Como vemos en él la realización no coincide con la psicosis, sino con la perversión. Habría en la

adolescencia la capacidad de conformar una díada perversa con la complicidad de los padres.

Cuando estamos hablando de locura puberal estamos cerca del escenario perverso, no está entendida como psicosis, no es una psicosis, no tiene que ver con la psicosis; tiene que ver con la creencia ilusoria en la realización posible del Edipo.

Mi desarrollo prosigue enfocando todo el segundo tiempo del Edipo. Ya no miramos el significante edípico desde la pulsión sino el sistema edípico en su conjunto cuanto a la ley del padre, al tema de la prohibición edípica que se instaura y al tema del sacrificio que implica la aceptación del Edipo; el Edipo tiene una parte que va a pérdida, que implica un sacrificio. Justamente en ese aspecto del Edipo que tiene que ver con la prohibición y el sacrificio es donde el perverso hace una suerte de negociación que permite de alguna manera seguir con un goce que se sigue desarrollando burlando la prohibición y no se instala el sacrificio.

Eso es bastante claro cuando se habla -por ejemplo- de la bisexualidad, que está muy de moda en la adolescencia actual, porque el discurso de la bisexualidad está unido al lema de la época que pone la premisa de que se lo puede tener todo. Por ej: Se puede tener la juventud y la experiencia. El adulto que cree que puede, cirugía de por medio, permanecer eternamente joven y tener la experiencia de la madurez. La cultura del adulto impulsa al adolescente a cree como que no hay nada que sacrificar, se lo puede tener todo, ser hombre y ser mujer tiene todo, No hay una instancia que implique perder algo. No ser perverso es perder goce, esa es la norma, no la excepción. Y el adolescente tiene que atravesar ese apotegma.

Ahora bien, lo edípico en esta faceta del significante significa la aceptación de la pérdida, la instauración del Super-yo como heredero del padre y por lo tanto el impulso a la búsqueda exogámica. Pero también el anti-Edipo en esta faceta es la pelea contra el mandato paterno. Es la ruptura de su ley que lo impulsa lejos del sometimiento homosexual y que lo impulsa a la creación de una identidad sobre otras premisas que las que condujeron al padre. De tal modo, ser demasiado edípico es sobre adaptado y no conlleva el pasaje por una adolescencia vera, un adolescencia donde el rompimiento forma parte de escribir

una historia única ,la del sujeto y una historia social que se enriquece por la instalación de una marca generacional que la define. En la perversión la oposición al padre no se vuelca en un desarrollo creativo sino que se consume en una escena donde la dimensión imaginaria de la escena primaria se repite eternamente.

Creo que deje bosquejado en una síntesis muy apretada, cual es la batalla crucial que se desarrolla en la adolescencia y a partir de la cual se establecerá su identidad y su relación con el otro sexo.

Waserman: perversión, adolescencia, Edipo, anti Edipo, adicción.

Resumen

Este artículo examina las relaciones entre el vértice psicoanalítico, el jurídico y el ético en relación a la problemática de la perversión en la adolescencia, la cual se extiende más allá de la conducta sexual. Examina asimismo la mirada perversa que el poder proyecta sobre partes del grupo social cuando este poder es tomado por una ideología fascista de derecha o izquierda. La perversión está allí situada en línea con la legalidad imperante constituyéndose ésta en una legalidad perversa. El analista debe estar atento a estas producciones que pueden torsionar su acceso psicoanalítico bajo la fuerza de la teoría de la normalidad imperante tanto dentro como fuera de la teoría. En una segunda parte enfoca la sexualidad en la adolescencia como en un enfrentamiento de dos fuerzas: las edípicas y las anti edípicas. Tanto las primeras como las segundas pueden estar dirigidas sobre o contra la pulsión o sobre o contra el objeto. Si están dirigidas contra la pulsión en el comienzo de la pubertad pueden trabar todo el desarrollo; debe predominar por lo tanto la pulsión edípica la cual debe alejarse paulatinamente de su objeto, este alejamiento lo relacionamos con una fuerza anti edípica que también se sostiene contra el mandato paterno para liberarse así del sometimiento homosexual. La salida perversa deja un pie en lo edípico y el otro afuera. Esta formación es una formación transitoria en la adolescencia mientras esa lucha se desarrolla.

Bibliografía:

Freud. S: Tres Ensayos para una Teoría Sexual (1905) O.C. tomo 17. Bs.As. Amorrortu 1986

-----: El Fetichismo (1927) O.C. Etomo

Aulagnier Piera: La Perversión como Estructura: Ed Trieb.1978

Gutton Philippe: Lo Puberal (1993) Ed. Paidos.

Deleuze Gilles y Guattari Félix.: El Anti Edipo: Capitalismo y Esquizofrenia. Ed. Paidos 2005

Waserman Mario: El Vértice Psicoanalítico y Otros, su impacto en nuestro concepto de Salud Mental; Rev. Psicoanálisis de APdeBA.Vol XIV. N1 1992.